BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA PALOMITA,

JUGUETE LÍRICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO,

LETRA DE

DON TIBURCIO LARRUMBE,

música del maestro

D. ISIDORO HERNANDEZ.

Representado con gran éxito en el teatro de verano «Recreos Matritenses,» el dia 2 de Julio de 1880.



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

12

LA PALOMITA,

JUGUETE LÍRICO

EN UN ACTO

LETRA DE

DON TIBURCIO LARRUMBE,

música del maestro

D. ISIDORO HERNANDEZ.

epresentado con gran éxito en el teatro de verano «Recreos Matritenses,»
el dia 2 de Julio de 1880.

1

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
LOLA.	D.ª Carolina Gonzalez.
CÁRMEN.	Matilde Cucó.
SISEBUTA.	Encarnacion Pastor
RAMON.	Don Florencio Cruz.
ANTONIO..	Alfredo Suarez.
UN CRIADO.	José Arregui.

La accion en Madrid, época actual.

Imprenta de Alvarez Hermanos, San Pedro, 16.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada decentemente, puerta al foro y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA.

RAMON y CARMEN. (*Ramon sentado frente á un velador aparece almorzando; Carmen de pié con una carta en la mano*).

RAMON. (No hay duda; hoy me pela mi suegra lo mismo que á un pollo.)

CARMEN. Conteste usted, marido desleal. Justifíquese usted ante esta prueba elocuente de su falsía.

RAMON. (*Eludiendo la contestacion.*) Las chuletas con tomate son mucho más apetitosas que las legumbres; así á lo ménos lo decían Demóstenes, Ciceron.....

CARMEN. Cuidadito con las evasivas; esta es la vez primera que le someto á un interrogatorio formal, y deseo se me conteste de una manera categórica,

RAMON. ¿Conque categórica? Tú has dicho que categórica, ¿no es eso? Pues hija, repito que estoy harto de comer legumbres.

CARMEN. Y yo repito que eres un hipócrita, un falso, un esposo adúltero (*llorando*). Pero no tengas cuidado; mi mamá, que estaba acostumbrada á manejar á mi papá á su capricho (*accion de pegar*)

te manejará á tí tambien; ella te ajustará la[s] cuentas, bribon.

RAMON. (Y sería capaz de ello.) Oye, Carmencita mia no llames á tu mamá; ya sabes que yo soy para tí un tortolito.... un palomo que sólo á s[u] pichoncita dedica todos sus arrullos.

CARMEN. Ya no te creo.

RAMON. Pues no comprendo la razon en la cual te fundas para sospechar de mi conducta irreprochable. Soy un hombre al pelo: jamás falto á lo[s] deberes que me impone la coyunda; áun recuerdo lo que el ministro del Señor me dijo e[l] dia de nuestra union; «aquí te entrego una mujer, no una esclava,» y agregó: «tratarás á t[u] mujer como á caballo de alquiler.»

CARMEN. ¿Sabes que estás muy chancero, esposo mio? Si[n] duda presientes la tormenta y tratas de despejar la atmósfera.

RAMON. ¿La atmósfera? Esa señora no me ha jugad[o] ninguna mala partida; lo que aquí convien[e] despejar es á la suegra.

CARMEN. ¿Tal insulto á mi madre? ¡Hombre vil! ¡Mal casado!

RAMON. ¿Mal casado ha dicho? ¿Será verdad? Mas no estoy cogido y bien cogido; por la Iglesia y po[r] el juez. ¡Vana ilusion!

CARMEN. ¡Eso quisieras tú, libertino! Yo enseñaré est[a] carta á mamá y tú te entenderás con ella.

RAMON. ¿Entenderme con ella? ¿Con una fiera más brava que toda la coleccion de Mr. Bidel? Hazlo s[i] quieres, pero ten presente que si llamas á t[u] madre aquí va á arder Troya; no estoy de humor para entablar una polémica con esa suegr[a] de Belcebú.

CARMEN. ¿Esto más? Considera que es mi madre; ¡a[y]! ¡Quién se había de figurar que un hombre ta[n] manso, tan... cordero como tú, había de darn[os] tantos disgustos!

RAMON. ¿Con que manso y cordero? En esas palabr[as]

veo una alusion directa. Sí, pero, este hombre tan manso y este.... cordero tan dócil, está dispuesto hoy á jugar el todo por el todo y recobrar el derecho que como marido ejerce sobre tí. Libraré una batalla, imploraré á Marte, y todos, absolutamente todos, sucumbiremos en la lucha

CARMEN. ¡Lo veremos! (*En tono de amenaza y tirando un plato al suelo.*)

RAMON. (*Haciendo lo propio.*) ¡Pues lo verás!

SISEBUTA. (*Saliendo por lateral derecha y haciendo el mismo juego.*) Pues lo estoy ya viendo. (*Pausa.*)

ESCENA II.

DICHOS y SISEBUTA.

SISEBUTA. ¿Pero qué ocurre en mi casa? ¿Qué escándalo es ese? ¿Quién se atreve á turbar la paz de esta morada?

CARMEN. Este. (*Señalando á Ramon.*)

RAMON. ¡Yo! (*Con gravedad.*)

SISEBUTA. ¡Este! ¡Yo! ¡El! Me lo figuraba. Es necesario que al momento me pongan ustedes al corriente de lo ocurrido, para castigar al culpable.

RAMON. Pues yo le explicaré á usted.

SISEBUTA. Pero cuidado con mentir.

RAMON. Estaba yo almorzando, como de costumbre, ese suculento plato con que diariamente me obsequia usted, cuando mi mujer, sin saber por qué, me ha empezado á pedir explicaciones respecto á una carta que pretende me han dirigido.

CARMEN. (*Llorando.*) ¡Ay mamá, qué hija tienes más desgraciada!

RAMON. No sé á qué vienen esos extremos; yo soy un hombre de bien, incapaz de engañar á nadie.

SISEBUTA. Lo que usted es, ya me lo sé yo, trapalon; cuando mi hija llora, la infamia está probada, usted es el culpable.

RAMON. Pero, señora.

SISEBUTA. Cállese usted, mal hombre, ya averiguaré yo lo sucedido: de todos modos usted ha faltado á mi hija; y yo, que soy su madre, tengo derecho á pedirle estrecha cuenta de su conducta.

RAMON. Nadie le niega á usted su maternidad, pero en esta ocasion sabré sostener con teson mi derecho (así, fuerte, para que vea mi entereza). ¡Ya estoy hasta aqui! (*señalando la frente.*)

SISEBUTA. ¡Y yo hasta aquí! (*por la cabeza.*)

CARMEN. (*Sentada en un sillon*) ¡Ay! ¡Yo me muero! Yo estoy herida de aquí (*señalando el corazon*).

RAMON. Pues á lo de este, de acá y de aquí (*haciendo las indicaciones anteriores*) contesto de este modo. (*Al volverse para salir por la puerta del foro le detiene Sisebuta cogiéndole por el faldon de la levita.*)

SISEBUTA. Venga usted acá, Sardanápalo.

CARMEN. Esta carta le pondrá á usted al corriente de todo, mamá; fuí á cepillar hace poco su gaban y me encontré con ella (*se la da*).

RAMON. (¿Qué las digo yo, si despues de todo tienen razon?) Me marcho, ya volveré más tarde.

SISEBUTA. No se marcha usted de aquí hasta que yo lo mande, y si es verdad lo que me figuro, las torturas de la inquisicion no serán bastantes para purificar la falta.

RAMON. (¿Qué querrá hacer mi suegra conmigo?)

CARMEN. ¡Y para esto me casé con un hombre que parecía tan formal!

SISEBUTA. Veamos lo que dice esta carta.

RAMON. (¡Ay, Lola! ¡Porque te conocí tan mona, tan amable, con un pié tan chiquitin y aquella boquita de piñon!)

SISEBUTA. Yo no entiendo nada de lo que leo.

CARMEN. Es el caso que yo tampoco comprendo bien.....

RAMON. (Eso me salva.)

SISEBUTA. ¿Esas tenemos? Estará escrita en algun idioma extranjero.

ARMEN. Nada de eso; pero es un español sospechoso.
AMON. (Como que está escrita en caló.) Yo la leeré.....
SEBUTA. Apártese; léela tú, hija mia. Su turbacion me descubrirá la verdad.
ARMEN. (*Leyendo*). «Chinorré de mis entretelas y de mi garlochi.»
ISEBUTA. ¡Entretelas! ¿Si será algun sastre?
ARMEN. Calle usted por Dios, mamá.
ISEBUTA. Continúa.
AMON. (Qué situacion tan bonita para un hombre como yo.)
ARMEN. «Mangue desea que no seas lipendi y que á esta »chavala que se mira en tus sacais, como el »jilguero en el arroyo, la lleves esta noche al »café de la Lealtad á diquelá aquel salero fla- »menco que derraman entre peacitos de gloria »aquellos barbianes.—Tuya.—Palomita.»
RAMON. (Me cogieron infraganti.)
SISEBUTA. Que frases; no entiendo una palabra.
CARMEN. Lo que yo veo es que aquí hay una ella.
SISEBUTA. Eso digo yo.
CARMEN. Que se llama «Palomita.»
SISEBUTA. Eso digo yo. Y que le llama chino del Rhin.
CARMEN. Claro.
RAMON. Pues es turbio.
SISEBUTA. Yo me tengo la culpa de que seas desgraciada; yo consentí en este casamiento, porque prefería un hombre maduro, en vez de un chisgarabís; pero este demonio nos ha engañado.
CARMEN. Por Dios, Ramon, sácame de esta incertidumbre.
RAMON. Pues es el caso que un amigo mio..... un íntimo amigo, porque estas cosas las hacen sólo los buenos amigos..... ha querido darme una broma.
CARMEN. ¿No me engañas?
RAMON. No, mujer, te digo la verdad.
SISEBUTA. No le creas, es mentira.
CARMEN. Pero mamá, ¿y si es inocente?
SISEBUTA. Niña, niña; tú no conoces á los hombres; vente conmigo.

RAMON. Aquí va á suceder algo gordo, si usted persiste en esa duda.

SISEBUTA. Vamos, hija mia, no le hagas caso; luégo volveremos.

CARMEN. Como quieras..... pero si el pobrecito es inocente..... (*Vánse.*)

RAMON. Váyanse al demonio todas las suegras; cuando sólo son mamás, son todas unas señoras muy respetables; pero en cuanto se hacen suegras, no hay ninguna buena; ahí está sino la muestra.

ESCENA III.

RAMON.

MÚSICA.

I.

¡Ay! por una buena moza
de gran poder,
tengo yo estas peloteras
con mi mujer.
Pero ¡ay de mí!
que es la chica más mona
que nunca ví.
Tiene una gracia
tiene un aquel,
tiene una mano
y tiene un pié.....
y una cintura.....
y un talle así
y unos ojitos
¡Ay madrecita de mi alma! (*Hablado.*)
Que *jasta allí.*
Y es más flamenca,
tiene más sal,
que las salinas
de por allá.

II.

Ella como yo se pirra
es la verdad,
por los cantes de su tierra
que son la mar.
Venga de ahí
que esos bailes tan flamencos
me hacen tilin.
Se mueve el cuerpo
con mucho aquel
Repiquetean luego los piés
y con las palmas
batiendo así
se da una vuelta.
Viva la tierra de María Santísima (*Hablado.*)
que *jasta allí.*
Viva la gracia,
viva la sal
de las mujeres
de por allá

HABLADO.

Confieso que tienen mucha razon en dudar de mí; eso no lo niego yo; pero ¿tengo la culpa de que una casualidad me obligue á obsequiar á una mujer que no es la mia? ¿Tengo yo la culpa acaso de que á pesar de mis años haya hecho una conquista? La naturaleza, que es muy sabia, reparte sus dones á capricho, y francamente, aunque yo no lo sé, debo tener algunos atractivos. Estos ojuelos áun conservan el fuego de mis años mejores; este cuerpo es muy airoso, mis palabras son dulces y cautivan el corazon de las bellas y..... ¿Pero cómo me las compongo yo para engañar á mi suegra? ¡Desgraciado! A la mujer propia se la engaña con facilidad,

pero suele haber en los matrimonios un apéndice que nada cree, que nada oye; este apéndice son las suegras. ¿Por qué me habrá dado á mi la tentacion de ir á ese café, donde se canta y se baila por todo lo alto? Allí conocí á esa Lola, que es la causa de todo este belen, á esa Eva que por lo visto va á ser la serpiente de mi matrimonio, á pesar de no haber conseguido de ella el más pequeño favor.

ESCENA IV.

RAMON Y ANTONIO.

ANTONIO. (*Entrando por el foro.*) ¿Don Ramon Fernandez?

RAMON. Servidor; pase usted; ¿pero qué veo? ¿Antonio, tú por aquí?

ANTONIO. El mismo, querido Ramon (*Se abrazan.*)

RAMON. Pero hombre, ¿qué ha sido de tí durante tantos años?

ANTONIO. He estado en Filipinas.

RAMON. Segun eso, en los diez años que, si mal no recuerdo, no nos hemos visto, habrás hecho suerte.

ANTONIO. No me quejo; pero ¿y tú qué has hecho en ese tiempo?

RAMON. ¡Ay! amigo mio; muchas cosas á cual más desatinadas, pero la mayor, el desatino más gordo es que me casé.

ANTONIO. ¡Qué barbaridad! ¡Casarte tú que has sido el enemigo más irreconciliable del matrimonio! Permíteme que me asombre.

RAMON. Sí, hombre, sí; asómbrate cuanto te dé la gana. Pero lo peor de todo es que tengo una suegra, una suegra que debe estar emparentada con el demonio.

ANTONIO. (*Riéndose.*) ¡Pobre Ramon! Séate la tierra leve.

RAMON. Perdona chico, entónces no existia el viaducto. Supongo que tú continuarás siendo soltero,

porque recuerdo que ambos teniamos declarada una guerra á muerte al matrimonio.

ANTONIO. Así es, pero tambien me casé.

RAMON. ¿Tu? ¡Ja, ja, ja! Permíteme que me asombre (*transicion*) anda anda, asómbrate tú tambien ahora.

ANTONIO. Abrázame, amigo mio. (*Lo hacen.*)

RAMON. ¿Tienes suegra?

ANTONIO. Ni mujer tampoco.

RAMON. ¿Has enviudado?

ANTONIO No.

RAMON. Pues francamente, si no te explicas.

ANTONIO. Estoy viudo sin estarlo.

RAMON. A ver, á ver explícame eso.

ANTONIO Es muy sencillo. Estando en Málaga conocí á una chica.

RAMON. Vamos, y te enganchó.

ANTONIO. Esa fué mi perdicion.

RAMON. Tambien la mia. Sigue.

ANTONIO. Era tan honrada, que para batir aquella plaza fuerte tuve que emplear una bomba matrimonial.

RAMON. ¡Y, pum! Plaza tomada, hombre muerto.

ANTONIO. ¡Ay Ramon, pronto me arrepentí de mi locura; su aficion como buena malagueña, á todo lo flamenco, su vocacion irresistible á todo lo de su país, agotaron mi paciencia y emigré á Filipinas, dejándola asegurada una pequeña renta.

RAMON. ¿No has vuelto á tener noticias suyas?

ANTONIO. Sé que está en Madrid, pero no trataré de buscarla porque te confieso que si la viese....... No respondía de mí; es tan bonita.

RAMON. Pero no te asustaría unirte á ella despues de tanto tiempo de separacion.

ANTONIO. No la ofendas; respecto á su honradez no tengo ninguna duda.

RAMON. Bueno, hombre.

ANTONIO. Hablemos ahora de tí.

RAMON. Mi historia es más negra. Como recordarás la

última vez que nos vimos, estaba empleado en la Díreccion de Aduanas; quedé cesante, y entónces desesperado, hice el amor á la que hoy es mi mujer, ó mejor dicho á mi suegra, que segun pública voz tenía algunos ahorrillos y buenas relaciones, y temeroso de verme morir de hambre, cerré los ojos y me casé. Desde entónces tengo un empleo, cuyas nóminas mi suegra se encarga de cobrar, y apénas si puedo disponer de algun dinerillo.

ANTONIO. ¿Segun eso te atan corto?

RAMON. Y tan corto que estoy próximo á que me ahorquen. Tu inesperada venida viene de perilla para mi salvacion.

ANTONIO. Estoy á tus órdenes; ya sabes que soy tu amigo.

RAMON. Sin querer he hecho una conquista.

ANTONIO. ¿Y es guapa?

RAMON. Como un sol.

ANTONIO. Parece mentira, á tu edad.

RAMON. ¿Cómo á mi edad? Si apénas he cumplído los cuarenta; ya sé que tú eres mas jóven pero, chico, todavía no me han jubilado.

ANTONIO. Cuéntame, que ya estoy impaciente.

RAMON. Hace un mes, bajo el pretexto de que hay trabajos extraordinarios en la oficina, frecuento un café donde se canta y se baila á lo flamenco, con una gracia y un aquel que cualquiera pierde el pesqui. ¡Que chicas! ¡Válgame Dios!

ANTONIO. Que te entusiasmas, Ramon.

RAMON. ¿Quién no se entusiasma y pierde la chaveta al al ver aquellos movimientos y aquel compas tan gracioso? Frecuenta dicho café gente muy escogida, y una de estas noches conocí á una mujer, mejor dicho á un ángel, que me trae la cabeza revuelta y es la causa de que me encuentre desesperado: es una de esas mujeres que dan mucha cuerda y despues nos hacen tragar hasta la saliva.

ANTONIO. ¡Aventura más extraña!

RAMON. Yo, como puedes suponer, me la he echado de

soltero; pero la muy imprudente no sé por dónde ha averiguado las señas de mi casa, y esta mañana, miéntras mi mujer y su madre han salido á la calle, he recibido una carta.

ANTONIO. ¿Y la carta dónde la tienes? ¡desgraciado!

RAMON. Está en poder de mi suegra; como si dijéramos el fiscal de imprenta.

ANTONIO. ¿Pero en ella qüé te decía?

RAMON. Me da una cita para que la acompañe esta noche al café.

ANTONIO. ¡Zambomba! Pues chico la cosa no tiene malicia.

RAMON. La carta está escrita en caló y viene firmada con el seudónimo que ella usa, como si dijéramos su nombre de guerra, y tu inesperada venida viene de molde para salvarme.

ANTONIO. Habla; ¿qué he de hacer?

RAMON. Secundar mi embuste afirmando cuanto yo te diga; de ese modo podré engañar á mi suegra.

ANTONIO. Haré cuanto me digas.

RAMON. Pues nada, manos á la obra; estoy seguro que con tu elocuencia y mi mansedumbre las embaucaremos.

CRIADO. (*Anunciando.*) Señorito; una señora que dice llamarse la *Palomita* pregunta por usted.

RAMON. ¡Horror! ¡Estoy perdido! Es ella, Antonio; me sacan los ojos.

ANTONIO. Y qué hacemos.

RAMON. Vete allá dentro y trata de entretenerlas; sino estoy perdido.

ANTONIO. Pero cómo, si yo no las conozco.

RAMON. Es verdad, no sé cómo tengo la cabeza; ven conmigo, haré tu presentacion, te dejo con ellas, me vengo, arrojo á esa palomita por el balcon y se habrá concluido el belen.

CRIADO, Señorito, que está impaciente, qué ¿le digo?

RAMON. Espera un poco (*al criado.*) Tú, Antonio, no las dejes salir á esta sala hasta que yo vuelva.

ANTONIO. Comprendido.

RAMON. Dile que pase (*al criado*). Oye, ven acá, has

de ser sordo, ciego y mudo: de lo contrario te despido. Vamos, Antonio (*vánse por la puerta lateral derecha por donde fueron Sisebuta y Carmen*).

CRIADO. ¡Caramba con el señorito! ¡qué furioso está! Si no parece el mismo. Diré que pase á esa señora, y allá se las compongan como quieran. Pero aqui viene. (*Entra Lola por el foro con manton de Manila y pañuelo en la cabeza.*)

ESCENA V.

LOLA y el CRIADO.

LOLA. Oiga usté, só pelgar; se le ha figurao á usté que yo soy aspirante al presupuesto de España?

CRIADO. Señora, dispense usté.

LOLA Tenerme de planton siete horas como si esto fuese la antesala de un ministro. ¿Dónde está el pirandon de tu amo?

CRIADO. (¿Pirandon?) Señora, no comprendo bien.

LOLA. Ay qué salero; ¿te vas á pitorrear conmigo chavó?

CRIADO. ¿Yo, señora?

LOLA. Responde.

CRIADO. El señorito está en.....

LOLA. Pásale recado al momento.

CRIADO. Voy señora, pero es que....

LOLA. ¡Ay Jesus! te pareces al papamoscas de Búrgos; espáchate jilí.

CRIADO. (Vaya un lenguaje.)

LOLA. (*Sentándose.*) Estoy sofocada. Toma, paga al Simon que me ha traido y lo que sobre para tí. (*Le da una moneda.*)

CRIADO. Muchas gracias, voy al momento.

ESCENA VI.

LOLA, despues RAMON.

LOLA. ¿Sera verdá que el gaché á quien vengo á bus-

car y que me ha estado haciendo el oso, está casado? ¡El demonio del tio aleluya! ¿Que se habrá figurao que soy yo? ¡Maldecíos hombres! Porque una sea amable y obsequiosa ya se creen poseedores de nuestros encantos y atractivos. Somos florecillas cuya fragancia les embriaga y por lo mismo cifran su empeño en dejarnos marchita!. Mal haya (1).

MÚSICA.

¡Ay! pobre palomita,
fuera de su nido
vive sin calor,
y anda por el mundo
¡ay! buscando en vano
su perdido amor.
Pero á pesar de la ausencia
en medio de mi penar
le adoro con el alma
aunque bien á mi pesar
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
Porque en este mundo perro
todo el oro no es de ley
y la mujer más coqueta
más perseguida se vé.
De verdad de verdad
que hablen los señores
y ustedes verán.
De verdad de verdad
ah....
Hay que engañarles por fuerza
para conseguir su amor
que al saber que son queridos
dan mal pago como hay Dios.
Son malos los hombres
por lo general,

(1) La letra de este cantable es del maestro compositor.

pero muy remalos,
esta es la verdad.

RAMON. (*Saliendo.*) ¡Aquí me tienes, vida mia!

LOLA. ¡Jesus que guasa! ¡Fuera música farsante!

RAMON. ¿Música? ¡Para musiquitas estoy yo; pero en estando á tu lado de todo me olvido, yemita acaramelada!

LOLA. Zalamero está el tiempo.

(Durante esta escena, Ramon muestra su sobresalto, mirando de vez en cuando hácia la puerta por donde se supone pueden venir Cármen, etc.)

RAMON. Y á qué debo el honor.....

LOLA. (Lo voy á solfear) ¡ay qué salero! ¿qué le pasa á usté que parece un saltamonte?

RAMON. Estando á tu lado me electrízo; el corazon me hace tipitan y todo mi cuerpo se convierte en jalea.

LOLA. ¡Pamplinas!

RAMON. Es lástima *(cogiéndola la mano)* que á esa carita de cielo, que á ese cuerpo hechicero, á estas manos de alabastro y á esos piés tan diminutos, no acompañen frases más en armonía con la bondad de tu corazon.

LOLA. (*Parodiando.*) Es lástima que á esa cara, que más que cara parece un puchero de Alcorcon, que á ese cuerpo tan desaborío y á esos pinreles más feos que un recargo de contribuciones no acompañen un chirumen más juncal.

RAMOÑ. ¡Lola! ¡Lola! No me torees.

LOLA. ¿Que es eso? Doña Dolores se dice, chavó; aprenda usté siquiera, á tener dos raciones de política; y ya que con franqueza hablamos, le voy á uste á cantar cuatro verdades.

RAMON. (Esta mujer me vuelve el juicio.)

LOLA. ¿Ha recibío usté mi carta?

RAMON. Si, preciosísima Lola.

LOLA. ¿Y qué piensa usté?

RAMON. Acceder á tu deseo; te acompañaré esta noche adonde quieras.

LOLA. Ya veo que usté está guillatís. (Por quién me habrá tomado este lipendi.)

RAMON. Lo que yo estoy es cada vez más enamorado de tí. Pero te suplico que te vayas pronto, porque tu venida puede dar que sospechar.

LOLA. ¡Ay qué salero! ¿A quién? ¿Hay carabineros en esta casa?

RAMON. (Vaya si los hay, y como pillen el contrabando va á haber decomiso.) No lo digo por mí, lo digo por tí; ya ves, ¿qué me puede importar á mí?

LOLA. Pues por lo mismo; como nada tengo que hacer, he querido visitarte.

RAMON. (¡Cielos! ¡Es capaz de estarse aquí tres horas! Gracias que Antonio las entretiene.)

LOLA. (*Despues de una pausa.*) ¿Usté sabe de dónde soy?

RAMON. ¿Pues qué, no lo está diciendo ese salero?

LOLA. Pues yo nací en la tierra de los boquerones. ¿Sabe usté cuál es?

RAMON. No; ni la del besugo tampoco.

LOLA. Lo creo; debió usté nacer en la de los sapos..... escuche uste y lo sabrá.

MÚSICA.

LOLA.

Me llaman la Palomita
y en Málaga me crié,
no había mosa más bonita
en el barrio der Perché.
Y la gente macarena
que es de gusto y caliá
dice ¡ay! ¡Jesú, Dios mio!
vaya una jémbra salá.
Y al ver este trapío
y esta grasia y este aquel
los hombres se güerven lilas
como le ha pasado á usté.
Y canto malagueñas

y sevillanas,
dando tres pataitas
así, con grasia.
¡Ay, olé! ¡ay, olé! ¡ay, olé!

RAMON. Que quié usté
¡ay, olé! ¡ay, olé! ¡ay, olé!
Y canta malagueñas
y sevillanas
dando tres pataitas
así, con grasia.

LOLÁ. Olé y olé;
olé y olé,
si argun dia me pierdo
allá me iré.

RAMON. Olé y olé
olé y olé,
yo tambien si me pierdo
voy con usté.

HABLADO.

LOLA. Ahora que vamos siendo amigos, le voy á contar á usté mi historia.

RAMON. (Sólo esto me faltaba.) La suplico que se calle, que no hable más, que se marche.

LOLA. Si tengo gusto en ello. Pues señor.....

RAMON. (Por fin me la encaja.) (*Continúa con sobresalto y mirando siempre á la puerta indicada anteriormente.*)

LOLA. Yo soy hija de un valiente marino, que al lado del gran Mendez Nuñez murió en el Callao.

RAMON. A mí qué me importa todo eso.

LOLA. ¡Silencio! Huérfana desde la edad de once años, tuve que ganarme la vida en las bodas y bautizos, cantando y dando tres pataitas así con grasia, porque ya ha visto usté que yo se dar tres pataitas.

RAMON. (Veinte te daría yo ahora.)

LOLA. Pero nadíe podrá decir de mí, sino que soy una

mujer muy honrada; tendré poca educacion y no usaré esas palabras cursis con que algunas engañan á los hombres, pero soy franca y no ha nacido el hombre que á mí me jonjane. ¿Se va usté enterando ya?

RAMON. Sí, mucho; pero estoy deseando que concluyas. (Estoy en un tris.)

LOLA. Calma, que ya se acaba. Hubo un infame que quiso seducirme, pero que si quieres, le hice dar con la cabeza en la parroquia.

RAMON. ¡Horror! ¡Casada!

LOLA. Por lo civil y por la iglesia. Pero el infame me abandonó y partió no sé donde, dejándome asegurada una pequeña renta.

RAMON. ¡Cielos! ¡Qué sospecha! ¿Su marido cómo se llama?

LOLA. Antonio Redondo.

RAMON. ¡Qué compromiso! Señora, márchese usted; no me comprometa más.

LOLA. ¿Por ventura le conoce usté?

RAMON. Sí señora; en este momento se halla en esta casa hablando con mi mujer y mi suegra. Márchese usted por Dios, si no quiere que se derrame más sangre que derramó Herodes.

LOLA. ¡Cielos! ¡Qué oigo! ¡Mi marido aquí! ¡Usté casado! Mal toro de Miura le atrape.

RAMON. ¡Lola, Palomita ó demonio! No grite usted ó nos perdemos.

LOLA. ¿Que no grite? ¡Ay marecita del alma, la que aquí se va á armar! ¿Dónde está ese infame?

RAMON. Por la Vírgen santa, que ya vienen; márchese usted, escóndase en cualquier parte.

LOLA. (*Cayendo en un sillon.*) ¡Ay! ¡ay! ¡que me da! ¡que me da! ¡ay!

RAMON. ¡Para cuándo son los rayos! ¡Desmayada! Esto solo me faltaba, hagamos una heroicidad (*cogiéndola en brazos*); el sacrificio es cruel, pero cargue el diablo con todo.

LOLA. ¡Ay! ¿Dónde estoy?

RAMOÑ. En el cuarto oscuro. (*La conduce por la puerta del primer término izquierda*) Estese uste ahí hasta que la avise. ¡Estoy sudando como un pollo! (*Se sienta en un sillon.*) Ya era tiempo.

ESCENA VII.

SISEBUTA, CARMEN, RAMON y ANTONIO.

ANTONIO. Señoras mias, esta es la verdad.

CARMEN. ¡Pobrecito! Yo que le acusaba.

SISEBUTA. Sin embargo, esta letra es de mujer (*enseñando la carta*).

ANTONIO. Suplico á usté de nuevo que no se fie de las apariencias; quise dar á Ramou esta bromita, é hice escribir esa carta á mi criada.

SISEBUTA. A mí no me convence usted; estoy segura que aquí hay gato encerrado.

RAMON. (Gato no; pero sí una gata con más cola que un pachá)

CARMEN. Tu amigo nos ha contado el hecho y estoy persuadida de que eres inocente.

RAMON. Pues te equivocas.

CARMEN. ¿Qué oigo? Tu deliras.

RAMON. No sé si deliro ó si estoy soñando; lo que deseo es que me dejeis en paz.

SISEBUTA. (*Cogiendo un abanico que había dejado Lola sobre un velador.*) ¿Que veo? ¡Un abanico!

RAMON. (Adios, se hundió la casa.)

ANTONIO. (Que contratiempo.)

CARMEN. Este abanico no es mio.

SISEBUTA. Ni mio tampoco.

ANTONIO. (*A Ramon.*) ¿Pero no se fué?

RAMON. No, por mi desgracia.

ANTONIO. ¿Dónde está?

RAMON. En los infiernos.

SISEBUTA. ¡Son ustedes unos infames!

CARMEN. ¿Dónde está la dueña de este abanico?

SISEBUTA. Bien lo decia yo; ¿esa mujer dónde está?

CARMEN. ¡Monstruo! ¡Infame!

RAMON. Vaya tengamos la fiesta en paz, porque tengo ganas de morder á alguno.

ANTONIO. Buena la hemos hecho. (Quien me ha metido á mi á Redentor.)

SISEBUTA. Esa mujer debe estar escondida en esta casa; esta prenda lo indica.

CARMEN. Eso no es posible.

SISEBUTA. Repito que tu no conoces á los hombres; verás qué pronto arreglo yo esta cuestion; voy á avisar al juez del distrito.

CARMEN. ¿Mamá que va usted á hacer?

SISEBUTA. (*Poniéndose una mantilla.*) ¡Esto es una infamia!

CARMEN. ¡Ay que desgraciada soy!

ANTONIO. (*A Ramon.*) ¿Dónde está esa mujer?

RAMON. Si tratas de saber donde se halla te estrangulo.

ANTONIO. ¿Te has vuelto loco?

RAMON. Creo que sí.

SISEBUTA. Yo no me había tragado la píldora; bien lo decía yo que este hombre andaba en malos pasos.

CARMEN. No se marche usted mamá.

SISEBUTA. No tardo dos minutos en volver; llevaré la llave para que nadie salga.

CARMEN. Yo tengo miedo.

SISEBUTA. Nada temas ni llores, casi me alegro de haberte cogido con la mano en la masa (*yéndose á Ramon*). ¡Yerno, yerno! Ahora nos veremos las caras; y usted tambien me las va á pagar. (*A Antonio.*)

RAMON. ¡Vieja de los demonios! ¡Váyase usted al infierno!

ANTONIO. Buena la hemos hecho; pecho al agua y venga lo que quiera.

SISEBUTA. Ya te lo dirán de misas. (*Váse.*)

CARMEN. Yo no puedo más; yo me pongo mala; ¡qué desengaño! ¡Ay! ¡ay! ¡me muero!

RAMON. Aquí no, muérete en otra parte; esto va á ser dentro de poco un campo de batalla y conviene que no haya estorbos. Conque, andando hija mia.

CARMEN. ¡Ten piedad de mi!

RAMON. Te aseguro que no hay motivo para tanto alboroto; conviene que te vayas dentro; anda yo te acompaño.

CARMEN. ¡Dios mio! ¡Estoy temblando! (*Vánse lateral derecha.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO.

ANTONIO. Tambien yo me marcho, no vaya á pagar culpas ajenas; ¿quien se había de figurar que un hombre tan formal como ha sido siempre Ramon había de tener estos trapicheos? Que se las arreglen como puedan. (*Al ir hácia la puerta del foro, sale Ramon precipitadamente.*)

ESCENA IX.

ANTONIO y RAMON, despues LOLA,

RAMON. ¡Ven acá desgraciado! No huyas cómo un ladron.

ANTONIO. Chico siento mucho lo que te sucede, pero como yo no lo puedo remediar, me marcho.

RAMON. Imposible, tu te quedas; tu presencia es necesaria.

ANTONIO. No comprendo.

RAMON. Pues ya lo irás comprendiendo.

ANTONIO. Acabemos; ¿esa mujer, no se halla en esa habitacion?

RAMON. ¿Tú la has visto?

ANTONIO. No; pero aprovecha este momento en que estamos solos para que se marche.

RAMON. No puede ser; mi suegra ha cerrado la puerta llevándose la llave.

ANTONIO. Estamos divertidos.

RAMON. No lo sabes bien. Vamos Antonio, sé franco; ¿tienes confianza en mí?

ANTONIO. Me ofende la duda.

RAMON. Pues bien; esa mujer causa de tanto laberinto y que se encuentra en esa habitacion, te juro que es inocente y honrada como ninguna; tengo motivos para saberlo, ahora sólo me resta añadir que tu tambien la conoces, que su seudónimo es «La Palomita» que se llama Lola; en fin, chico, que esa mujer es...

MÚSICA.

LOLA (*Saliendo.*) Fuera lipendi
basta de farsa
oye un momento
que esto no es guasa,

ANTONIO. Cielos qué miro
¡es mi mujer!

RAMON. Siga el enredo
siga el belen.

LOLA. A Málaga le hizo el cielo
para ser jardin de flores
para mujeres honradas
y para nido de amores.
Por eso las malagueñas
cuando te dicen te quiero
arrojan por su boquita
mas sal que tiene un salero.
Por eso yo á tu cariño
constante he sido y lo seré
y si algun guripa me dice ¡olé!
con mi manita le santiguaré.

ANTONIO. Será una farsa
cuanto yo ví.

RAMON. No cabe duda
claro que sí.

LOLA. Yo soy honrada
nunca he faltado
al ser querido
que amor juré.

Oye mi acento
apasionado
que yo tus dudas
disiparé.

ANTONIO. No se qué siento
al escucharla
que la esperanza
renace en mí.
Yo nunca pude
dejar de amarla;
su dulce acento
penetra aquí.

HABLADO.

LOLA. Confieso que he sido siempre un poco atolondrada, pero nadie podrá decir que tu Lola ó la Palomita, ha dejado de ser quien era.

ANTONIO. ¿Pero cómo es que te encuentras en esta casa?

RAMON. (Ahora entra lo bueno.) Yo te diré, ó mejor dicho ya sabes lo que ántes te dije; la conocí en el café de la Lealtad.

LOLA. Dónde me llevaba mi aficion á todo lo flamenco. Y como desde que me abandonaste juré vengarme de tu desvío en todos los hombres, haciénles rabiar y divirtiéndome á su costa, una de mis víctimas fué este que resulta ser amigo tuyo y que me ha estado haciendo el oso inútilmente.

RAMON. Bien se ha burlado usted de mí.

LOLA. Ya que la casualidad, ó mejor dicho, una de mis locuras ha contribuido á que nos hayamos encontrado y hecho las paces, olvidemos lo pasado y en adelante vivamos siempre unidos. ¿Que, dudas aun de tu mujercita?

RAMON. Antonio, yo te juro por nuestra antigua amistad que cuanto te he dicho es cierto.

ANTONIO. Consiento en ello, pero con una condicion.

LOLA. Yo la acepto desde luego.

ANTONIO. Que has de renunciar para siempre á esa aficion tan desmedida que tienes por todo lo flamenco.

LOLA. Te prometo que así lo haré, y desde hoy procuraré darte gusto en todo y vestiré tambien como lo requiere mi posicion.

ANTONIO. Siendo así consiento que en lo sucesivo vivamos juntos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y SISEBUTA por el foro. CARMEN lateral derecha.

SISEBUTA. Ya estoy de vuelta; pronto, muy pronto nos veremos las caras señores mios.

CARMEN. Mamá.

SISEBUTA. ¡Hija mia! ¿Qué veo? ¿Será esa la mujer origen de tanto disgusto?

CARMEN. Vámonos de aquí pronto.

RAMON. (*A Antonio.*) Ya está aquí; ahora arregla tu este cotarro.

LOLA. Si, sí, y en seguida á la fonda.

CARMEN. ¿Qué díce esa mujer?

ANTONIO. Señoras mias, tengo el gusto de presentar á ustedes á mi esposa.

SISEBUTA. ¡Qué cinismo! ¿otro enredo?

CARMEN. ¡Y es muy bonita!

RAMON. Cármen mia, te juro que no soy lo que te imaginas; te adoro más que nunca.

LOLA. Tendré mucho gusto en que me honren ustedes con su amistad.

SISEBUTA. Este es el colmo del escándalo, atreverse á profanar esta casa.

ANTONIO. Señora, suplico á usted rectifique el mal jnicío que ha formado de mi esposa.

SISEBUTA. ¿Otra mentira?

ANTONIO. Nada de eso. Ramon, que siempre ha sido un buen amigo, sabiendo que hoy venia á su casa despues de algunos años de ausencia, así como que por causas por él conocidas, estaba sepa-

rado de mi esposa, me ha dado una grata sorpresa, presentándome á mi mujer.

RAMON. (El golpe ha sido de primer orden.) ¿Se han convencido ustedes de que han obrado conmigo con demasiada ligereza?

CARMEN. ¡Ay qué alegría!

SISEBUTA. ¿Pero es verdad eso? ¿Es cierto que son ustedes marido y mujer?

LOLA. Si usted quiere se lo probaremos con documentos.

CARMEN. No me cabe duda, es verdad; ahora comprendo por qué te mandaron aquella carta. ¡Pobre Ramon, cuánto habrás sufrido!

RAMON. No lo sabes tu bien; desde hoy resplandezca de nuevo nuestra dicha.

SISEBUTA. Vamos, si lo veo y no lo creo.

RAMON. (Mi suegra se tragó el anzuelo, cosa rara.)

ANTONIO. Ahora que no hay motivo alguno de duda, respecto á lo sucedido, convido á ustedes á la fonda.

TODOS. Muy bien pensado.

ANTONIO. Pues andando.

LOLA. ¡Alto! ¿Y estos señores se quedan así? ¿No hay un cumplido para ellos?

ANTONIO. Tienes razon.

LOLA. Eso me toca á mí.

ANTONIO. Convenido.

MÚSICA.

LOLA.

Aquí está la palomita
que espera de tu bondad
un aplauso solamente
que nos sirva de final.
Olé y olé
olé y olé
Si aplaudes esta noche
feliz seré

TODOS. olé y olé
olé y olé
si aplaudes esta noche
feliz seré.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é Hijos de Cuesta calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe e letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.